

de las autoridades locales y de la provincia que se comprometían en la elaboración de reglamentos sanitarios en los que se contemplara una política sanitaria responsable sobre basureros públicos y privados, vertidos de aguas sucias, pozos ciegos, molinos de aceite (u otros que proporcionaran desechos orgánicos), lavaderos públicos, aguas potables, etc., toda una larga serie de ordenanzas sanitarias encaminadas a conseguir una mayor limpieza para el medio ambiente urbano.

Aunque, si bien es verdad que una gran masa de disposiciones sanitarias se impusieron como consecuencia del cólera, demasiadas veces la Administración se encontró con la decidida resistencia ciudadana a la colaboración. En la misma capital de la provincia, aun contando con mayores recursos financieros y técnicos que la mayoría de sus pueblos, parece que su limpieza dejaba mucho que desear. Así se desprende de los ruegos que le hacen a la Alcaldía desde la prensa local, en los primeros días de septiembre, cuando todavía se estaba enterrando las últimas víctimas de la epidemia: *“...para que fijase su atención en la conveniencia y necesidad de adoptar algunas medidas para evitar a Albacete el repugnante espectáculo de ver caballerías muertas y en putrefacción al aire libre por todos los alrededores”*<sup>13</sup>.

Ante la apasionada polémica suscitada en toda la Nación por los grupos políticos alternativos en el poder sobre la vacuna anticolérica del doctor Ferrán —de la que nuestra provincia, lógicamente, no permanecería ajena— su responsabilidad científica le obligó a ponerse a su favor y al lado de los bacteriólogos, contrariando la orden telegráfica cursada por el Ministerio de la Gobernación (9 de julio de 1885) prohibiendo dicha práctica inmunológica<sup>14</sup>. Ya en 1884, y por propia iniciativa, Don Tomás Valera parece que salió de Villalgordo hacia Valencia en busca del citado doctor tortosino, con el fin de pedirle algunas dosis de su vacuna para emplearlas en su pueblo natal y aprender de él las técnicas de preparación de caldos y su inoculación. Su periplo resultó corto al encontrarse con Ferrán en la estación del ferrocarril de Albacete —donde se hallaba detenido a causa de los controles sanitarios establecidos por el Gobierno— sin que nada sepamos del resultado de la entrevista, aunque es fácil intuir el resultado negativo de la misma.

Es en esta segunda tanda de artículos periodísticos donde el Doctor Valera destaca la conveniencia de utilizar la vacuna anticolérica y saldrá en defensa de Ferrán, logrando con ello enfrentarse con el sector de médicos obedientes a las decisiones gubernamentales que la proscribían por considerarla altamente peligrosa. Por esta razón, Don Tomás no deja de sorprenderse ante la benevolencia con que las autoridades acogían prácticas tan alejadas de la ciencia como eran los rociados con aguas milagrosas, implantación de manos de santeros, rogativas, elixires maravillosos, etc., y, en cambio, veía con estupor como se

<sup>13</sup> Diario “La Unión Democrática” 12 de septiembre de 1885.

<sup>14</sup> Boletín Oficial de la Provincia n.º 82, 10 de julio de 1885.